

## *Filoctetes*

### Persuasión a través de las pasiones

---

*Alexandra Cruz Akirov*

*“Los que cultivaban los campos de Metone y Taumacia y los que poseían las ciudades de Melibea y Olizón fragosa, tuvieron por capitán a Filoctetes... Mas Filoctetes se hallaba padeciendo fuertes dolores en la divina isla de Lemnos, donde lo dejaron los aqueos después que lo mordió ponzoñoso reptil. Allí permanecía afligido; pero pronto en las naves habían de acordarse los argivos del rey Filoctetes”.<sup>1</sup>*

Esta tragedia de Sófocles permite realizar una interpretación retórica sobre la manera como funcionan las pasiones en el discurso con que Neoptólemo intenta persuadir a Filoctetes para que regrese junto a él al sitio de Troya.

La tradición mitológica nos cuenta que Filoctetes es el heredero de las flechas de Heracles. Pertenecía al grupo de los pretendientes de Helena y bajo este título, se embarcó junto con el ejército hacia Troya. Sin embargo, Filoctetes no llega a Troya con aquella primera expedición, sino que después de haber sido mordido en el pie por una serpiente, es abandonado en la isla de Lemnos.

La mitología nos brinda dos versiones acerca de la causa de la herida que Filoctetes padece. Una versión dice que efectivamente la herida fue inflingida por la mordedura de una serpiente que se encontraba oculta en los matorrales; la otra, cuenta que una de las flechas de Heracles había sido envenenada tiempo atrás y que al caer de la aljaba por accidente, hirió el pie de Filoctetes.

Los aqueos, al verse impedidos de realizar debidamente los sacrificios rituales, bien sea por el inoportu-

ble hedor que despedía la herida infectada de Filoctetes o por los constantes gritos de dolor que éste emitía, deciden abandonarlo en Lemnos. Todas las versiones concuerdan en que el autor intelectual de este abandono fue el ingenioso Odiseo, quien sin mucho esfuerzo convence a los demás de llevarlo a cabo. Sin embargo, quien toma la decisión final es Agamenón, de ahí que Filoctetes sienta un profundo odio por ambos.

En el *Filoctetes* de Eurípides son Odiseo y Diomedes quienes van en búsqueda de Filoctetes, en cambio en la tragedia de Sófocles, quien acompaña a Odiseo es Neoptólemo, hijo de Aquiles.

Una vez en Troya, Filoctetes es atendido bien por Macaón o por Podalirio y usualmente se le atribuye el haber dado muerte a Paris.

La tragedia de Sófocles cuenta que, en su camino hacia Troya, los guerreros aqueos hacen una escala en la isla de Crisa y allí Filoctetes es mordido por una serpiente que se encontraba oculta entre los matorrales. Enseguida la herida se infecta y empieza a despedir fuertes olores que impiden a los aqueos realizar los sacrificios y libaciones. Odiseo sugiere que, en el camino, abandonen a Filoctetes en la isla de Lemnos.

Transcurren diez años del abandono y Troya no ha podido ser tomada por los aqueos. El adivino Heleno predice que ésta no caerá sin las flechas de Filoctetes. Odiseo y Neoptólemo, hijo de Aquiles, se dirigen a la isla de Lemnos para buscarlo. Al llegar, Odiseo le advierte a Neoptólemo que debe engañar a Filoctetes (δόλω φιλοκτῆτην λαβεῖν) para poder traerlo de vuelta a Troya, pues no puede ser él mismo, autor de su abandono, quien lo convenza.

Después de mucho discutir, Neoptólemo accede llevar a cabo el engaño: le hace creer a Filoctetes que él también odia a Odiseo y a los Atridas y le promete llevarlo a su patria para que sea curado. Cuando se disponían a partir, un ataque de dolor paraliza a Filoctetes, quien le pide a Neoptólemo que cuide el arco mientras pasa el dolor. Al ver el sufrimiento por el que pasaba Filoctetes, Neoptólemo empieza a dudar si debe seguir con el engaño, pues siente compasión por él.

En el momento en que Neoptólemo decide decir la verdad y devolverle el arco, aparece Odiseo con toda la intención de llevarse a ambos por la fuerza, pues necesita de ellos para conquistar Troya. Por otro lado, Neoptólemo también está consciente de que sin Filoctetes y su arco no será posible tomar la ciudad de Troya pues el adivino Heleno así lo ha predicho;

recurriendo entonces a la verdad, intenta una vez más y sin engaños, convencer a Filoctetes de regresar con ellos. Pero no hay razón ni oráculo que convenza a Filoctetes; ya ha sido engañado por Neoptólemo una vez y no tiene intenciones de caer de nuevo en su trampa. Solo la aparición de Heracles, aduciendo las mismas razones que Neoptólemo, convence a Filoctetes, quien finalmente accede a regresar a Troya donde lo esperan la cura de su mal y excelsa gloria.

En retórica, la finalidad de todo discurso es persuadir (πειθεῖν). Alcanzar este objetivo dependerá de varios factores de los cuales el más importante es el *movere animos*, es decir, la habilidad que tenga el orador para conmover a su auditorio. Dependiendo de la credibilidad y confianza que inspire el orador el auditorio aceptará o no lo propuesto por él “convencido de que aconseja o disuade respecto de una acción beneficiosa o perjudicial para quienes la ejecuten”<sup>2</sup>.

En el *Fedro*, Platón ya hace alusión a la necesidad de conocer el alma del oyente para que el discurso sea efectivo: “Ya que la fuerza del discurso estriba en su hecho de ser un modo de seducir las almas, es necesario que quien vaya a ser orador conozca cuántas partes tiene el alma”<sup>3</sup>. Cicerón, por su parte, consideraba esta capacidad como la esencia de todo orador:

El probar es propio de la necesidad; el deleitar, del agrado; el conmover, de la victoria, pues de todas las cualidades esta sola tiene el mayor poder para ganar las causas. Y cuantos son los deberes del orador, tantos son los estilos: el sencillo en el probar, el templado en el deleitar, el vehemente en el conmover, condición esta última que por sí sola resume toda la esencia del orador.<sup>4</sup>

En cuanto a los efectos anímicos que el discurso debe producir, Aristóteles expresa:

...es necesario que no solo se atienda a que el argumento sea convincente y fidedigno, sino a ponerse a sí mismo y al juez en una determinada disposición, pues tiene mucha importancia para la persuasión, especialmente en las deliberaciones...la actitud que muestra el que habla y que dé la impresión a los oyentes de que se encuentra en determinada disposición respecto a ellos y además que también se dé el caso de que ellos lo estén respecto al orador.<sup>5</sup>

Asimismo, el filósofo afirma que el estado anímico del auditorio es determinante, ya que las personas que están tranquilas o furiosas no juzgan de la misma manera que las que no lo están; de ahí que los sentimientos influyan directamente en la toma de decisiones<sup>6</sup>.

Con la finalidad de hacer una aproximación retórica en cuanto a las pasiones en esta tragedia, debemos tomar en cuenta, en primer lugar, al oyente, pues por lo anteriormente expuesto queda establecido que dependiendo de la disposición anímica de éste el discurso será o no efectivo: “El conocimiento, por parte del orador, de aquellos cuya adhesión piensa obtener es, pues, una condición previa a toda argumentación eficaz”<sup>7</sup>.

Neoptólemo sabe que tendrá que enfrentarse a un Filoctetes lleno de odio, renuente a relacionarse de nuevo con Odiseo y los Atridas, a regresar a Troya, por lo tanto, se verá obligado a cambiar su disposición y para ello se valdrá de ese mismo odio: le demostrará su buena voluntad haciéndole creer que él también odia a Odiseo y a Agamenón, quienes supuestamente le han injuriado; con este engaño consigue la receptividad de Filoctetes. Neoptólemo está consciente de que al tener el mismo objeto de odio, se crea un nexo entre ambos: “Yo soy enemigo de los atridas. Y éste es mi mayor amigo porque a los atridas odia (Ἀτρείδας στυγεῖ)”<sup>8</sup>.

Según Aristóteles esto es totalmente válido porque también tenemos como amigos a:

“quienes tienen los mismos enemigos que nosotros, odian a los que odiamos y son odiados por los que nos odian, pues es evidente que todos ellos consideran buenas las mismas cosas que nosotros, de suerte que desean nuestro bien, y eso era lo propio del amigo”<sup>9</sup>.

Cuando Filoctetes es sorprendido por un terrible absceso de dolor, le pide a Neoptólemo que cuide de su arco. Éste se compadece ante el inmenso sufrimiento de Filoctetes y duda sobre si debe o no seguir con el engaño:

“Todo es fastidio cuando uno, traicionando su propio natural, hace lo que con él no está conforme”<sup>10</sup>.

“A mí me ha infundido muy grande compasión (οἶκτος δεινός) este hombre; no ahora por vez primera, sino hace ya tiempo.”<sup>11</sup>.

Aristóteles define la compasión como “un cierto pesar ante la presencia de un mal destructivo o que produce sufrimiento a quien no se lo merece y que podríamos esperar sufrirlo nosotros mismos o alguno de los nuestros”<sup>12</sup>. Esta sensación de proximidad del sufrimiento es la que provoca en nosotros ese malestar, como el mismo Filoctetes le señala a Neoptólemo:

“...compadécete de mí (σύ μ’ ἐλέησον), considerando que a todo temor están expuestos peligrosamente los mortales para pasarlo bien o

mal. Conviene que el que está fuera de la desgracia ponga su vista en las desdichas; y que cuando uno vive feliz, medite entonces lo que es la vida para no arruinarse sin darse cuenta”<sup>13</sup>.

Movido por la compasión, Neoptólemo opta por decirle toda la verdad y lo hace recurriendo a lo que se conoce como argumento de autoridad “mediante el cual se confiere valor probatorio a la opinión de un experto, de un maestro (“*ipse dixit*”) de un personaje ilustre”<sup>14</sup>, pues se vale de la predicción hecha por “el célebre adivino Heleno” (“Ἐλενοῦ ἀριστόμαντις”) para respaldar su discurso e intentar que Filoctetes acceda a sus peticiones. Dado que Neoptólemo ha reconocido su error y trata de enmendarlo, Filoctetes debería cesar su ira, pues según Aristóteles, la ira se aplaca “contra los que reconocen su falta y se arrepienten de ella, pues al considerar suficiente castigo su propio pesar, apaciguamos la cólera”<sup>15</sup>. Sin embargo, Filoctetes no accede a sus peticiones:

“Porque todo lo que digas será inútil; porque jamás encontrarás bien dispuesto mi corazón, tú, que con engaños me privaste del sustento (ἐμοῦ δόλοισι τὸν βίον λαβῶν), y luego vienes a darme consejos...”<sup>16</sup>.

Solo la intervención de Heracles hará que Filoctetes ceda y regrese a Troya. Llama la atención el planteamiento de Lo Cascio sobre la fuente de la argumentación:

“...se trata de un componente muy delicado en la estrategia argumentativa, puesto que ejerce un rol importante en el proceso de convencimiento. Es la fuente (allí donde se cita) la que debería proveer la garantía de que los argumentos presentados responden a la verdad...”<sup>17</sup>

Para que un orador sea digno de crédito debe ser reconocido por el oyente como autoridad en un determinado campo<sup>18</sup>, en este caso, la divinidad es, obviamente, competente en todos los ámbitos de la vida humana y es aceptado unánimemente por todos los mortales. Entonces ¿qué mayor certeza que la ofrecida por la divinidad, Heracles en este caso? De ahí que Filoctetes obedezca inmediatamente, y con toda razón, a Heracles, a pesar de que Neoptólemo le haya ofrecido los mismos argumentos que el dios, porque sencillamente estos argumentos, sin importar que estén respaldados por la palabra de un personaje ilustre como el adivino Heleno, se derrumban manchados con el engaño primero que configuró Neoptólemo en su contra. Además, y como señalan Perelman y Olbrechts-Tyteca: “Las mismas palabras producen un efecto muy distinto, según quien las pronuncie”<sup>19</sup>, por esto, el discurso de Neoptólemo no tendrá el mismo efecto ni validez que aquél pronunciado por Heracles.

Vemos entonces cómo en primer lugar, Neoptólemo, a través del odio logra engañar a Filoctetes para luego poder persuadirlo; en segundo lugar, cómo a través de la compasión Neoptólemo rectifica e intenta corregir el error cometido; y finalmente, cómo sus argumentos pierden credibilidad ante la autoridad divina que termina por alcanzar el objetivo primero de todo discurso: persuadir.

## Notas:

- <sup>1</sup> *Iliada*, II, 716-725. Traducción de Luis Segalá y Estaella, Caracas 1999.
- <sup>2</sup> Paglialunga, Esther, *Manual de Teoría Literaria Clásica*, p.109.
- <sup>3</sup> 272a. Traducción de Luis Gil, Madrid 1983.
- <sup>4</sup> *Or.*, 69-70. Traducción de Antonio Tovar y Aurelio Bujaldón, Madrid 1992.
- <sup>5</sup> *Rhet.*, 1377b. Traducción de Alberto Bernabé, Madrid 2001. En adelante todas las citas pertenecen a esta traducción.
- <sup>6</sup> *Rhet.*, 1378a.
- <sup>7</sup> Perelman; Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la Argumentación*, p.56.
- <sup>8</sup> *Soph. Phil.* 586. Traducción de Fernando Segundo Brieva, Madrid 1985. En adelante todas las citas pertenecen a esta traducción.
- <sup>9</sup> *Rhet.*, 1381a.
- <sup>10</sup> vv. 902-3
- <sup>11</sup> v. 966
- <sup>12</sup> *Rhet.*, 1385b.
- <sup>13</sup> vv. 500 ss.
- <sup>14</sup> Mortara G., Bice, *Manual de Retórica*, p.88.
- <sup>15</sup> *Ret.*, 1380a.
- <sup>16</sup> vv. 1280 ss
- <sup>17</sup> Lo Cascio, V., *Gramática de la Argumentación*, p.127.
- <sup>18</sup> Perelman; Olbrechts-Tyteca, *Op.cit.*, p.475.
- <sup>19</sup> *Op.cit.*, p.490.

## Bibliografía:

- Aristóteles, *Retórica*, traducción de Alberto Bernabé, Alianza, Madrid 2001.
- Cicerón, *El Orador*, traducción de Antonio Tovar y Aurelio Bujaldón, CSIC, Madrid 1992.
- Grimal, Pierre, *Diccionario de Mitología Griega y Romana*, traducción de Francisco Payarols, Paidós, Barcelona 1981.
- Homero, *Iliada*, traducción de Luis Segalá, Educen, Caracas 1999.
- Lo Cascio, V., *Gramática de la Argumentación*, traducción de David Casacuberta, Alianza, Madrid 1991.
- Mortara G., Bice, *Manual de Retórica*, traducción de M<sup>a</sup> José Vega, Cátedra, Madrid 1998.
- Paglialunga, Esther, *Manual de Teoría Literaria Clásica*, Universidad de Los Andes, Mérida 2001.
- Perelman; Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la Argumentación*, traducción de Julia Sevilla, Gredos, Madrid 1989.
- Platón, *Fedro*, traducción de Luis Gil, Labor, Barcelona 1983.
- Sófocles, *Tragedias*, traducción de Fernando Segundo Brieva, Edaf, Madrid 1985.